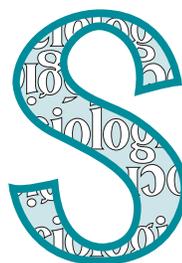


Cómo llegar a ser doctor en Sociología sin poseer el oficio de sociólogo*

Bernard Lahire**

EL SÁBADO 7 de abril de este año (2001), la señora Elizabeth Hanselman-Teissier (conocida públicamente bajo el nombre de Elizabeth Teissier), defendió una tesis de sociología (titulada *Situación epistemológica de la astrología a través de la ambivalencia, fascinación/rechazo en las sociedades posmodernas*) en la Universidad de París V bajo la dirección de Michel Maffesoli.¹ Los miembros asistentes



* Publicado en la *Revue européenne des sciences sociales*, tomo XL, 2002, núm. 122, pp. 42-65. Traducido, con permiso del autor, por Rafael Farfán, quien agradece a Stéphane Beaud y Christine Détrez por la lectura de las primeras versiones de este texto, así como a Charles Soulié por los datos que le comunicó sobre las tesis sostenidas en sociología entre 1989 y 1995.

** Autor de *A quoi sert la sociologie?* (París, La Découverte, 2002) y de *L'homme pluriel: les ressorts de l'action* (París, Nathan Université, 2001), entre otros libros. Profesor de sociología en la Escuela Normal Superior, Letras y Ciencias Humanas, de París, y miembro del Grupo de Investigación sobre Socialización.

¹ No es la primera vez que Maffesoli hace defender una tesis en relación con la astrología. Así, en 1989, S. Joubert sostuvo una tesis de doctorado titulada *Politeísmo de los valores y sociología: el caso de la astrología*, defendida en la Universidad de París V, bajo su dirección. El resumen de esta tesis manifiesta un estilo de escritura de tan dudosa claridad como el que se puede descubrir en la de Elizabeth Teissier: "Las figuras politeístas lejos de ser las imágenes obsoletas de un pasado primitivo o concluido son la expresión de una acción metafórica en la cual el enfrentamiento de los dioses testimonia un estallido de valores del cual se trata de reconocer toda la potencia heurística. El politeísmo de los valores pone el conocimiento hacia una epistemología psicomítica que parece hoy sensibilizar tanto a las ciencias exactas como a las ciencias humanas; en congruencia con esta mutación epistemológica surgen indicadores sociales que confirman la transformación paradigmática en acto en la posmodernidad, tal como la astrología, que el éxito que conoce tiende a exacerbar ciertos valores

de su jurado —que involucraban, además de a su director de tesis, a Serge Moscovici,² a François Bonardel³ y Patrick Tacussel⁴ (Gilbert Durand⁵ se excusó de no poder estar presente y Patrick Watier⁶ no pudo presenciar la defensa debido a la huelga de trenes), acordaron otorgarle la mención “Muy honorable”. Este reconocimiento es el más alto que un candidato puede recibir y el hecho de que no haya sido objeto de felicitaciones del jurado no empaña en nada la apreciación tan positiva que recibió (numerosos universitarios rigurosos no conceden la mención “Muy honorable con felicitaciones” mas que en los casos de tesis particularmente sobresalientes). Dos profesores previamente habían dado un aviso favorable de la defensa de esta tesis sobre la base de la lectura de un documento: Patrick Tacussel y Patrick Watier. Formalmente, la señora Elizabeth Teissier es, pues, hoy doctora en Sociología de la Universidad de París V y puede —entre otras cosas— pretender, bajo este título, enseñar como encargada de cursos en las universidades, solicitar su cualificación como maestro de conferencias (*maître de conférences*) o pedir la formación de un dossier de candidatura para un puesto responsable de investigación en el CNRS.⁷

Una lectura rigurosa y precisa de la tesis íntegra (que contiene alrededor de 900 páginas,⁸ si se incluye el anexo titulado “Algunas pruebas irrefutables a favor de la influencia planetaria”, p. XII-XL), conduce a un juicio bastante simple: la tesis de Teissier no es, en ningún momento ni de ninguna manera, una tesis de sociología. No se trata de que posea un grado menor de calidad (una “mala” tesis de sociología o una tesis “media”), pero sí de un total ausente punto de vista sociológico, así como de hipótesis, métodos y “datos empíricos” de naturaleza sociológica.

como la síntesis, el holismo, la interdisciplinariedad, la complejidad, la analogía, la sincronidad, etc... Sobre la tela de fondo de este encaprichamiento popular se dibuja más o menos claramente un cierto número de conflictos esenciales un poco como si lo anodino sirviera como motivo de espejo reflejante a contraluz de las orientaciones que la posmodernidad se da a ella misma” (S. Joubert, tesis de doctorado 1998/1).

² Director de Estudios en la Escuela de Altos Estudios (Psicología social).

³ Profesor de Filosofía en la Universidad de París I.

⁴ Profesor de Sociología en la Universidad de Montpellier III.

⁵ Profesor emérito de la Universidad de Grenoble II, fundador del Centro de Investigación Sobre lo Imaginario.

⁶ Profesor de sociología en la Universidad de Estrasburgo II.

⁷ Que es la instancia oficial más alta encargada de organizar la investigación en Francia a través de áreas o departamentos a los que se asigna un responsable directo (n. del t.).

⁸ Un trabajo de lectura semejante exige demasiado tiempo y las lecturas hechas “al día” llevan la sombra de la duda, como la de Alain Touraine, quien afirma: “Yo fui el primero en presentarme y dediqué el día del 15 de mayo a su lectura (Touraine, 2001).

Estos son los diferentes elementos que me conducen a este veredicto que quisiéramos explicitar en el curso de este artículo al hacer aparecer que la tesis 1) no hace sino desarrollar el punto de vista del astrólogo y 2) está desprovista de todo lo que caracteriza a un trabajo científico de naturaleza sociológica (problemática, rigor conceptual, dispositivo de investigación que desemboque en la producción de datos empíricos...). En fin, concluiremos en el hecho de que, si vale la pena hacer su análisis crítico es porque esta tesis no tiene nada de anodino o de anecdótico y porque pone gravemente en riesgo la credibilidad científica de la sociología y de todos los sociólogos que hacen su oficio y forman estudiantes con todo la exigencia requerida. Es la personalidad de una astróloga conocida en los medios masivos la que se encuentra en el origen del interés público y un acontecimiento semejante plantea, en el fondo, la cuestión más general del funcionamiento colectivo de nuestra disciplina.

EL PUNTO DE VISTA DEL ASTRÓLOGO

Que la astrología (la existencia muy real de los astrólogos), sus modos de uso y sus usuarios (con una débil o fuerte creencia) constituyen hechos sociales propios del estudio sociológico, que racionalmente se puedan (y de modo particular sociológicamente o etnológicamente, pero también desde el punto de vista de una historia de los saberes) examinar hechos científicamente percibidos como irracionales, que ningún sociólogo decidió degradar la dignidad de los objetos sociológicamente analizables (es completamente legítimo estudiar a la astrología como hecho social, tanto como a las prácticas deportivas, el sistema escolar o el uso de portafolios), que un alumno de sociología pueda tomar por objeto de estudio una realidad en relación con la cual estaba o se mantiene implicado (un trabajador social realizando una investigación sobre el trabajo social, un profesor de enseñanza primaria llevando a cabo una tesis de sociología de la educación, un deportista o antiguo deportista practicando la sociología del deporte...), está fuera de toda duda frente a nuestros ojos y si las críticas dirigidas a Michel Maffesoli y a los miembros del jurado fuesen de este tipo, indubitadamente y sin dificultad nosotros nos ubicaríamos de su lado. Sociológicamente, todo es susceptible de ser estudiado, ningún

objeto es a priori más digno de interés que otro, ningún moralismo ni ninguna jerarquía debe imponerse en materia de elección de objetos,⁹ sólo debe contar la manera de abordarlos.

¿Pero de qué manera Elizabeth Teissier nos habla de la astrología a lo largo de sus 900 páginas? ¿Qué es lo que orienta y estructura sus propósitos? La respuesta es bastante simple, porque no hay ninguna ambigüedad posible sobre este punto: su texto manifiesta el punto de vista del astrólogo que defiende su “ciencia de los astros”, desde el inicio hasta el fin de su texto, sin reposo. Y para no dar al lector el sentimiento de una toma de partido deformante, expondremos múltiples extractos de la tesis, indicando entre paréntesis la referencia de las páginas (con el fin de tener la posibilidad de regresar fácilmente al texto).

LOS COMENTARIOS ASTROLÓGICOS

La primera característica notable de este trabajo es la ausencia de distancia frente a la astrología. Se descubren numerosos comentarios astrológicos sobre personas, acontecimientos, épocas. Por ejemplo, bajo el título “Aplicación del método astrológico: el análisis del cielo natal de André Malraux”, las páginas 120 a 131 de la tesis muestran claramente un “análisis astrológico” del destino del escritor y antiguo ministro (plutonio de gran arte). Max Weber es calificado de Tauro pragmático (p. 38) y se “aprende” que Georg Simmel es Piscis, que Wilhelm Dilthey es Escorpión, que el psicólogo Carl Gustav Jung es Leo (p. 250), que el antiguo conductor de Antena 2, Marcel Jullian¹⁰ es Acuario, etcétera. Cada vez, la autora nos gratifica con una indagación que pone en correspondencia el “cielo natal” de la personalidad y su pensamiento.

Por otro lado, descubrimos que, por ejemplo, los sistemas filosóficos y religiosos estaban en correspondencia con los autores vía su personalidad (...) Dicho de otro modo, que ellos eran altamente relativos y no podían estar más que a la imagen de sus conceptualizadores, resultado de una mirada única, la de su cielo natal (p. xi).

⁹ Es por esto que no podemos seguir a Jean Copans (2001), toda vez que lleva a fundar la crítica en objetos juzgados demasiado fútiles (“Los incivilizados en el 93”, “Mi portafolios, mi computadora y mi bella hija”, “Lo intercultural entre la calle de Rosiers y barrio de la Rosa”).

¹⁰ Reconocida figura de la televisión oficial francesa, locutor de noticieros (n. del t.).

El astrólogo no está sorprendido de constatar una divertida convergencia entre esta parte “flotante”, móvil, algo imprecisa o fantástica y los “Piscis”, signo astrológico de Simmel; el signo por excelencia, con Cáncer (otro signo del agua) (...), de la movilidad adaptable, del sueño, del sentido de lo ilimitado y de lo cósmico, de una intuición fina y sensorial. Signo doble, reflejando la dualidad fundamental de la filosofía simmeliana (...) Es a estos planetas de Acuario que Simmel debe su gusto por la alteridad, la comunicación, pero también su originalidad, su amor por la paradoja y su naturaleza imprevisible (nota 47, p. 34).

Pequeña inclinación del ojo del astrólogo: Dilthey, creador de una nueva teoría del conocimiento fundada en la comprensión, nació el 19 de noviembre de 1833, era Escorpión y teólogo de formación... (nota 91, p. 61).

Después de haber demostrado mediante un ejemplo concreto (el análisis del cielo natal de André Malraux) la aplicación práctica, vayamos a su historia (p. 132).

Ya que aquí se trata igualmente de dar cuenta de una experiencia personal... en efecto, es a la edad de 14 años y medio (a la mitad del ciclo de Saturno, planeta de la realización de sí, sobre todo para el saturniano que es Capricornio) que nació nuestro despertar por la astrología (p. 288).

Ella (la astrología) participa de esta mutación cultural, científica, filosófica y moral de nuestra época (...) con el mismo título que la idea de solidaridad y de fraternidad libertaria incluidas en el simbolismo de Acuario (p. 509).

Teissier es, asimismo, muy clara en cuanto a la prioridad de la explicación astrológica sobre cualquier otro enfoque (incluido el punto de vista sociológico que pretende poner en práctica en el marco de una tesis de sociología), para comprender los hechos sociales. Criticando una cita de Serge Moscovici, que evoca las causas sociales de las crisis, escribe:

Nos parece que oculta (...) la referida dimensión cósmica de los fenómenos; una dimensión que, según el paradigma astrológico –y ésta es nuestra convicción– viene a cubrir lo social. En efecto, lo social está lejos de explicar todas las “crisis”... que se producen en la sociedad (...) Aprueba las acciones totalmente ilógicas, no lineales, no lógicas, e inexplicables de otro modo, por medio del parámetro astral que entonces juega el rol de parámetro que esclarece y engloba cubriendo lo no lógico aparente (p. 525).

En el marco de una parte titulada “La ciclicidad planetaria” (p. 265-271), es la astrología la que explica los hechos psicológicos, sociales e históricos:

Pero es evidente que son los mismos astros, con sus armonías y sus disonancias, los que actúan sobre los destinos individuales (...) Hasta el día en el que nos realizamos, que fue el 2 de diciembre, corresponde a una posición del Sol de 9-10 grados en Sagitario, que se encontraba muy involucrada en el tema de Napoleón Bonaparte (...) El misterio se esclarece una vez que se recurre al sésamo astroológico: ¡El azar está excluido!; (...) En cuanto a los sueños repetitivos, se explican por el ángulo que tenía Neptuno (sueños) con ese mismo punto en Escorpión (10 de noviembre) (pp. 268-270).

Esta carta y nuestra respuesta, reproducidas *in extenso* (...) también son un ejemplo significativo del desarrollo psicológico en el cual podemos sumergir ciertas disonancias planetarias (p. 321).

Es así como estuvimos en condiciones de prever, entre otras cosas, el crack bursátil del 19 de octubre de 1987, así como numerosas turbulencias bursátiles excepcionales, muchas veces asimiladas en minicracks... (p. 432).

Señalemos que, para el astrólogo, este periodo de convulsiones sociológicas y filosóficas no se inscribe en el azar, sino que se encuentra reflejado en los grandes ciclos cósmicos (p. 830).

Y es Elizabeth Teissier quien concluye su primer tomo mediante un *lapsus* (sociológicamente comprensible) o una confesión, como se quiera, que consiste en hablar de su reflexión como si mostrara un trabajo de astrólogo y no de sociólogo:

...el trabajo del astrólogo ahora será el de interpretar estos datos, tratar también de explicarlos. Y esto, así como lo hemos convenido desde nuestro estudio, a través del instrumento de la comprensión. Recordamos así los términos en los que Weber define a la sociología en *Wirtschaft und Gesellschaft*... (p. 463).

La astrología estructura sus propósitos de tal manera que, muchas veces, la forma en que E. Teissier concibe su relación con la sociología consiste en sacar de los textos de los sociólogos elementos que le “hacen

pensar” en lo que dice o hace la astrología. En la sociología duerme una astrología. En relación con la noción astrológica de interdependencia universal señala que se trata de:

Una noción que, en sociología, puede ser aproximada a las *Zusammenhanh des Lebens* (relaciones de vida cotidiana) de Dilthey, una coherencia de la vida, en la que cada elemento es tomado en cuenta y completa el dato social (p. xiv).

Al notar que la tipología zodiacal recuerda la teoría weberiana del tipo ideal, en la medida en que cada signo corresponde al prototipo puramente teórico de una personalidad, en relación con el simbolismo del signo (p. 248).

Más concretamente, esta empatía, piedra angular de la consultación, obliga al astrólogo a ponerse en el lugar de su consultante, de entrar de alguna forma en su piel, a fin de comprender su funcionamiento psicológico. En el caso extremo se puede transponer aquí la palabra de Weber, referente al proyecto cognitivo de la observación en sociología [...] En realidad, esta simpatía, esta empatía en relación con la experiencia del otro, una de las claves de la sociología comprensiva, es también el sésamo de todo practicante, cuyo objeto es la *psiquis* humana. El tipo ideal del astrólogo deberá, incluso si es difícil, satisfacer estas condiciones operacionales de la consultación al comprometer la totalidad de su ser (p. 390).

PUNTO DE VISTA NORMATIVO Y FUGAS PROFÉTICAS

El enfoque sociológico no es una perspectiva normativa dirigida al mundo. El sociólogo, en su estudio de los hechos sociales, no tiene por qué pronunciarse por el bien o por el mal, tomar partido o rechazar, amar o no amar, hacer el elogio (Maffesoli, 2001) o condenar. En el caso extremo, una sociología de tal o cual aspecto del “hecho astrológico” no debe, bajo ninguna circunstancia, pronunciarse en favor o en contra de la astrología, decir si es una cosa buena o mala. Luego, Elizabeth Teissier se mantiene permanentemente en la evaluación normativa de situaciones, de personas y de visiones, demostrando que ella escribe en tanto que astróloga y no en su calidad de socióloga de las prácticas astrológicas. Este juicio normativo se manifiesta, como lo veremos a todo lo largo de esta relación de lectura, en diferentes niveles.

1) En la evaluación positiva (defensa) de la astrología. Desde este punto de vista, todos los medios son buenos para probar el interés de la astrología. E. Teissier de manera general se sirve de la legitimidad de los “grandes” que habrían expresado predilección por la astrología,¹¹ cualquiera que sea la índole de su “grandeza” (así puede citar a Balzac, Goethe, Fellini, Tomás de Aquino, Bacon, Newton, Kepler, Einstein, Jung, Laborit, el rey Juan Carlos de España o el antiguo presidente François Mitterrand): política, cinematográfica, filosófica, literaria y, por supuesto, científica.

2) En la evaluación negativa de la parte de los astrólogos poco serios, pero también de la videncia¹² y de otras prácticas mágicas. Si E. Teissier no se priva de situarse en los juicios positivos en relación con la astrología que califica de “seria”, no duda en dirigir una mirada negativa a las otras prácticas. Al realizar tales apreciaciones, se comporta entonces como astróloga en lucha por el monopolio de la definición de la astrología legítima, y de ningún modo como socióloga:

Ya se trate de la prensa escrita, de la televisión, del minitel¹³ o del internet, los horóscopos abundan, ahogados en un contexto que, la mayor parte del tiempo, no es más que una gruesa caricatura del esoterismo—la videncia, la cartomancia, tarots, numerología y otros rodeos de simulación pertenecientes al universo mágico—misticador de las prácticas paranormales (p. 4).

Fustigando a sus compañeros del minitel

Raros son los programas verdaderamente serios—se puede estimar un número situado entre 50 y 100 que practican una astrología digna de este nombre. ¿Y los otros? Son avatares más o menos lúdicos, combinaciones hábiles y mistificadoras que usurpan el nombre de la astrología, sus conceptuadores alimentan la esperanza de que eso les dará una coloración poco o mucho científica (p. 74).

Separar el buen grano (los astrólogos competentes) de la cizaña (los explotadores oportunistas de una credulidad general latente) (p. 294).

¹¹ No confirmaremos aquí la veracidad de los sentimientos positivos hacia la astrología de diversas personalidades a los que la autora alude.

¹² Como la acción de ver anticipadamente el futuro y como cualidad extrasensorial (n. del t.).

¹³ Sistema de comunicación desarrollado en Francia basado en el principio del internet, aunque con una forma de acceso distinta (n. del t.).

Crítica a la “astrología rápida” de una “pobreza a veces lamentable” (p. 305), pues los redactores responsables de revistas o periódicos aceptan publicar “Las predicciones trilladas minimalistas y de un nivel intelectual muchas veces lamentable” (p. 556).

3) En la evaluación negativa de los científicos (concretamente astrónomos, pero no solamente) que no quieren reconocer la legitimidad de la “ciencia de los astros” (cf. *infra* “La astrología víctima de un consenso sociocultural y de la dominación de la ‘ciencia oficial’”).

4) En la evaluación negativa de numerosos periodistas o de los medios masivos que se burlan de los astrólogos y de la astrología (cf. *infra* “Los ‘datos’: anécdotas de la vida personal, mediática, y mundana de E. Teissier”).

5) En la evaluación negativa de una parte del público usuario de las predicciones astrológicas. E. Teissier exhibe un soberano desprecio, a veces bañado de ironía, o de una extrema condescendencia, frente a una porción de su propio público.¹⁴

En los “llamados a la ayuda” del correo, los lectores emiten verdaderos gritos de alarma o de confusión lanzados por deprimidos de vivir y de luchar contra la adversidad [y algunos] se lanzan entonces en una historia abarcando toda su miserable existencia gratificándonos con una carta interminable, incluyendo a veces una veintena de páginas de una pequeña escritura apretada y superficial (p. 312).

Al referirse a una lectora que quiere saber si ella cree en los hechizos, porque piensa que sus vecinos marroquíes la han embrujado y le pregunta si conoce “hechiceros serios” que pudieran ayudarla

Manifiestamente esta lectora estaba afligida de una confusión intelectual –si no mental– evidente. Porque (...) ella asimilaba la práctica astrológica a la magia y a la hechicería, en relación con las cuales la astrología está totalmente ajena... (p. 372).

¹⁴ En otros momentos ella puede sostener que la verdad sale de la boca del pueblo, porque –el mito del “buen pueblo” obliga– estaría menos pervertida por las instituciones académicas, culturales y mediático-oficiales: “Las personas simples, menos víctimas a priori (ya se trate de un terreno intelectual de algún tipo virgen) son más receptivas, son pues, más verdaderas con respecto a ese tipo de constataciones, de reconocimiento” (p. 483). O, todavía: “Es cierto que el instinto popular es muy seguro, porque nos nutre de toda la experiencia humana, de este ‘inconsciente colectivo’ apreciado por el psicólogo C. G. Jung, que desde siempre ha tenido la intuición de una acción del cielo sobre lo que se vive en la tierra” (p. xv).

En relación con un alemán que le envía correo desde 1981, “dos o tres cartas por semana, a veces pequeños paquetes que contienen chucherías de mal gusto”, apunta:

Así invierte una verdadera fortuna en timbres desde hace casi veinte años desde que se ha dado esta relación unilateral, este monólogo perverso (p. 377).

Las capas menos cultivadas de la sociedad, obreros y agricultores, son quizá las más vulnerables a esta fascinación global y no discriminatoria. (...) por poco que una idea sea seductora y tan posible como extraña, las personas creen sin discriminación en aquello que les sirve, tan profundo es el gusto de lo maravilloso y misterioso como la necesidad de reanudar el diálogo con el orden primordial, con el cosmos (pp. 470-471).

Respecto a T. W. Adorno que, en una obra crítica de la astrología, menciona que ésta participa de la aceptación por los dominados del orden establecido, E. Teissier escribe: “En el extremo ¿de qué serviría hacer sentir a estas pequeñas gentes su dependencia, de qué serviría convocarlas a la revuelta? ¿Quizás para volverlas más infelices de lo que ya son?” (p. 582); y una página más adelante añade, sin darse cuenta de que parece hablar de sí misma: “En breve, el desprecio y la arrogancia se perciben sin descanso a través de estos textos, de igual forma que un espíritu despojado totalmente de serenidad y de objetividad” (p. 583).

Pero de la misma forma en que no debe ubicarse ni en el elogio ni en el repudio, el sociólogo estudia lo que es y no lo que será. Es decir, E. Teissier anuncia el porvenir por medio de numerosas repeticiones, profetizando lo que ella desea o, como se dice más comúnmente, tomando sus deseos por realidades (que llegarán a ser). Si la astróloga critica la lectura del porvenir en el poso del café, no duda sin embargo en predecir el porvenir sobre la base de sus simples intuiciones personales:

Pero nuestra mirada se dirigirá más lejos y procurará proyectarse en una visión prospectiva, tratando de presentir y de calcular dado el contexto social de hoy, la probable evolución del fenómeno doble que nos ocupa. Existirá fusión, integración armoniosa de esta conjunción de opuestos, en una especie de síntesis fecunda y entonces ¿qué forma podría tomar esta última? (...) En otros términos, ¿en qué sentido irá, según toda esta evidencia, este movimiento social? (p. 9).

Incluso nos atreveremos a intentar una incursión imaginaria en el porvenir, en la búsqueda, de alguna forma, de un tiempo futuro y de la evolución probable del fenómeno socioastroológico (p. 69).

Porque la razón seca, la razón racionante tuvo su tiempo. He aquí el advenimiento de una era de la razón abierta, de una “razón plural”, reconciliada con la pasión y con lo vital en el hombre, con su libido –o pulsión vital– vehiculando a la vez su sensibilidad y su fuego interior (p. 834).

...pero las nuevas energías están en marcha, como lo anuncia Abellio, “el incendio de la nueva ciencia hará irrupción en el mundo” (p. 850).

*LA ASTROLOGÍA ES UNA CIENCIA,
INCLUSO LA MÁS GRANDE DE LAS CIENCIAS*

Contrariamente a algunos lectores impacientes y urgidos de comunicar a la prensa el resultado de su precipitación, que sostienen que E. Teissier nunca defendió la idea de que la astrología era una ciencia,¹⁵ una lectura exhaustiva de la tesis hace aparecer exactamente lo opuesto. La autora habla indistintamente de la “ciencia de los astros” (en numerosas repeticiones a lo largo de la tesis) o de “la ciencia empírica de los astros” (p. 258), de “La ciencia por excelencia de la caracteriología” (p. xi), de la “ciencia por excelencia de la personalidad” (p. 92 o p. 815), de la “ciencia de la cualidad de los tiempos” (p. 112), de una “ciencia empírica por definición” (p. 769) o de “la reina de las ciencias” (p. 72).¹⁶ A veces la astrología es considerada como una ciencia social entre otras, en ocasiones como una “ciencia del espíritu” antagónica a las “ciencias de la naturaleza” o una “ciencia humana” (p. 98) opuesta a la astronomía como “ciencia de la observación”.

...bajo el defecto de poder ser clasificada en las ciencias exactas, sin embargo se trata de un saber con connotación científica –¿A pesar de seguir las vías de las ciencias humanas? (...) En gran parte, ésta, en tanto que ciencia empírica, es del orden de lo verificable y escapa *ipso facto* a la noción de “creencia”. Porque la

¹⁵ “...Yo no leí en ninguna parte de su tesis que la astrología era científica” (Touraine, 2001).

¹⁶ Ella también escribe: “Por otra parte, ¿la telepatía no se ha impuesto como disciplina científica a partir de las experiencias de Rhine?” (p. 281).

astrología, en tanto que sistema cultural coherente, tiene como ambición descifrar lo real con ayuda de un referente universal y permanente —el alfabeto celeste del sistema solar— invariable y, por lo tanto, previsible en su rigor matemático astronómico (pp. 24-25).

En efecto, la astrología es, bajo el mismo título que la psicología, la sociología o la religión, una ciencia del espíritu (...) por oposición a una ciencia de la naturaleza (no obstante que aquella engloba a ésta en su objeto), aunque no se trata aquí del problema de hacer un llamado a un positivismo racionalista experimental que no destacaría más que lo cuantitativo (p. 27).

La problemática epistemológica provocada por la naturaleza de las ciencias sociales en general y por la astrología en particular (p. 48).

Según nosotros, la astrología debería ser comprendida como un sistema coherente, matemáticamente racional (suprarracional, según Fischler) y verificable por uno u otro astrólogo, teniendo por fundamento los datos astronómicos suministrados por los observatorios, en contraposición a las prácticas ocultas más o menos gratuitas (p. 579).

Pero también se encuentran, siempre en el orden de la referencia científica, reivindicaciones de la mayor dignidad y superioridad. No solamente la astrología es una ciencia sino que es la más alta de las ciencias:

En suma, se puede decir que sin estar clasificada en una u otra de estas categorías del conocimiento, la astrología es una emanación parcial de cada una de estas disciplinas que aquélla engloba en un sistema ambicioso (p. 22).

La astrología es la matemática del todo (en la Roma antigua, los astrólogos, por otro lado, eran llamados los matemáticos). Ésta es holísticamente lógica, al contrario de una lógica fragmentaria, linealmente racional (p. 501).

¿Qué saben todos de esta ciencia? Porque a nuestros ojos, ha sido una ciencia humana mucho más vigorosa que muchas otras, que han sido respetadas. ¿De dónde viene que lo más verificable justamente ha sido lo más tabú, lo más manchado, lo más rechazado? De creer que la verdad estaba maldita en alguna parte (pp. 597-598).

Sin embargo, no es necesario esperar de la autora demasiada coherencia sobre el tema de la científicidad de la astrología, porque ella puede sostener también en determinados momentos que este saber se sitúa entre el mito y la ciencia o que está finalmente en relación con la mayor parte de las ciencias humanas y sociales, la filosofía, la poesía, la religión y la mitología. Esta variedad de definiciones heterogéneas participa de la voluntad de poner en evidencia la extraordinaria riqueza y la irreductible complejidad de la astrología:

Al apoyarse en un lenguaje simbólico congruente con todos los niveles de realidad del Ser, y esto tanto en un plano colectivo como individual, [la astrología] participa ante todo de las ciencias que estudian el hombre, como la filosofía (y en particular la metafísica, a través de la cosmogonía que ella implica), la psicología, la medicina, la biología; flirtea con la poesía; pero igualmente es una parte presente de las ciencias que estudian la sociedad humana y sus productos, como la historia y las ciencias políticas (a través de la teoría de los ciclos), las ciencias sociales (a través de las modas, los movimientos colectivos y las mentalidades), la prospectiva (la vía hacia la previsión que ella permite). Y no olvidemos la religión (en relación con su carácter originalmente sagrado, la ética, la estética que supone) ni, por supuesto, la mitología (p. 21).

Veremos que la astrología se sitúa, efectivamente, en alguna parte entre estos dos universos del mito inmemorial y de la pura científicidad... (p. 210).

El “sistema astrológico” está “orientado por la ley hermética de las correspondencias, por la idea de la simpatía universal, dicho de otro modo, por la noción, esencial para el Nuevo Espíritu científico, de interdependencia universal” (p. xiv).

La astrología (...) no solamente no estaría en contradicción con el paradigma del Nuevo Espíritu científico sino, al contrario, estaría desde siempre en congruencia total con este último (p. 752).

Se puede, pues, imaginar que la ciencia no admitirá la validez de la astrología mas que una vez que aquélla haya cambiado de paradigma colocándose del lado del nuevo espíritu científico y aceptando reconocer la realidad del espíritu. Porque, en última instancia, la ciencia terminará por alcanzar sus propios límites al tocar los límites de la materia... (p. 765).

...esta “crisis de la ciencia” lleva a una nueva *Weltansschauung* que sólo pide volver a nacer, la de la complejidad (Morin). Un giro paradigmático pues, equivalente a un desplazamiento de una epistemología hacia una ontología, esta epistemología es la de la complejidad (Morin) (p. 843).

Pero si la astrología se encuentra tan avanzada es porque –nos lo explica la autora sin reír–, a diferencia de la astronomía, “que en general tiene un acercamiento puramente físico y mecanicista de su ciencia” y que “está hipnotizada por la pequeñez de los astros, por su alejamiento, por su débil masa con relación al sol”, a aquélla “se le permite escuchar la música” (p. 98). La tristeza del saber de aquél que “evalúa el peso y la materia del disco, sus dimensiones y su temperatura, su densidad” (p. 90) es grande frente al gozo de aquél que sabe escuchar “la música de las esferas, apreciada ya por Plotino, antes de que ella fuese soñada por Kepler” (p. 98).

*LA ASTROLOGÍA VÍCTIMA DE UN CONSENSO SOCIOCULTURAL
Y DE LA DOMINACIÓN DE LA CIENCIA OFICIAL*

Por qué, se pregunta E. Teissier, la astrología no se beneficia de la legitimidad académica (universitaria) y científica (en el CNRS). Su respuesta –formulada repetidas veces en el texto– es la siguiente: la astrología (“la ciencia de los astros”) es víctima de una relación de dominación que ha llegado a instaurar un verdadero consenso sociocultural en su contra. La ciencia, continuamente rebautizada “ciencia oficial”, “pensamiento único” o “conformista”, oprime a la astrología y hace creer en lo más grande, cuando se trata de una “falsa ciencia” que oculta la realidad de las cosas (“conjuración del silencio”, p. 816). La “ciencia oficial” es, pues, considerada como una ideología dominante, un “lugar totalitario”, un “imperialismo” o un “terrorismo”, frente a esta “contracultura” astrológica que es mantenida en un verdadero gueto. Peor todavía, la ciencia no es más que asunto (*affaire*) de “moda” y de “convención” y no llega a mantener su dominación sino a través de una enseñanza oficial que dicta a todos lo que es bueno pensar:

Más o menos conscientemente, nos hemos convencido, a la manera de toda persona cerrada a la astrología a priori y por convención, de que la ausencia de toda enseñanza oficial relegaría la ciencia de los astros a las falsas ciencias (p. ix).

Casi tan asombrosa sería la ocultación de este parámetro filosófico en nuestra cultura occidental, que se manifiesta en el hecho de que a través de todos nuestros estudios –desde hace veinticuatro años– nunca nos habíamos obligado a hablar de astrología. Mejor todavía: nos habíamos ocultado cuidadosamente –como se continúa haciéndolo– como lo hicieron los grandes espíritus –R. Bacon, Santo Tomás de Aquino, Newton, Kepler, Balzac, Goethe, Einstein, Jung–... todos ellos habían practicado o, bien, venerado a la ciencia de los astros. ¿Por qué esta toma de partido por el más perenne de los conocimientos humanos? Fue entonces que tomamos conciencia de la relatividad del consenso intelectual de una época, volcado a las modas, atrapada por sus corrientes de pensamiento; percibimos que la enseñanza oficial era un coloso con pies de barro (p. x).

...un país, una cultura, son el reflejo de su enseñanza académica, que dicta lo que conviene pensar, lo bien pensado. La *doxa* (la opinión), en particular vehiculada por los medios masivos siempre bañados por la coloración del sentido común, no menos se mantiene bajo la influencia del pensamiento conformista que le sirve de referencia (p. XII-XIII).

...creencia ilícita, luego perseguida, sus partidarios eventualmente hacen el oficio de víctimas (p. 24).

...debido al hecho de esta “guetización”, el medio astrológico puede inscribirse entre las minorías culturales (p. 32).

...lobby científico frente a la astrología (p. 52).

...racionalismo dominante, el cual se encuentra igualmente en la fuente de la supresión de la enseñanza oficial de la astrología (p. 88).

Es solamente en el siglo XVII que estas dos ciencias se bifurcan. A partir de entonces, la moda es la de la astronomía, hermana materialista de la astrología (p. 94-95).

Y, basada en un fuerte consenso sociocultural que la sostiene como un soclo confortable, ella [la ciencia] se permite realizar evaluaciones (...) y apreciaciones... (p. 736).

La ciencia aparece como un lugar totalitario que no es necesario volver a cuestionar, en donde la competencia y el mandarinato juegan un rol esencial para muchos científicos (p. 737).

Los “prejuicios” y los “clichés” se encuentran así del lado de la “ciencia oficial”. Los racionalistas son “agresivos”, “dogmáticos”, “retardados” y son acusados de falta de curiosidad por no querer interesarse en la astrología y, sobre todo, por no querer encontrarle interés: “Hoy, el oscurantismo, la oposición a la Ilustración ya no viene del lado que se cree” (p. 816).

La razón, en tanto que tal, ¿no han sido sobrepasadas sus prerrogativas y traicionada su vocación de serena soberanía para esclerotizarse, tal como un vejete tiránico? (p. 7).

...dogma implícito y respeto del pensamiento dominante de una sociedad que, por supuesto, es la nuestra (p. 11).

...racionalistas agresivos y alérgicos a los astros (p. 42).

Ésta es claramente la problemática de la astrología frente a la condena de los racionalistas puros y duros: la inadecuación del sistema racionalista. Bajo este aspecto, sin duda se puede uno ubicar del lado de Abellio, que trataba a estos últimos de retardados. Toda vez que los representantes de esta tendencia se vuelven a encontrar en los medios masivos, ellos se convierten en robots del pensamiento, en mercenarios del sistema racionalista (p. 638).

EL ARGUMENTO RELATIVISTA

Se ve claramente que invocando el consenso sociocultural y la dominación, E. Teissier aporta los elementos claves de la posición más ingenuamente relativista. Reemplaza las enseñanzas de la física por las de la astrología, llama a ésta la “ciencia de los astros” y la impone a todos aquellos que pasan por la institución escolar y, así, usted verá que la teoría de la relatividad no vale más de lo que vale el análisis astrológico del cielo natal. Todo esto es asunto (*affaire*) de moda y de imposición puramente arbitrario. Todo es relativo.

No podemos aceptar –ni incluso enfrentar– la idea que una sociedad entera, sobre todo en nuestra época posmoderna –por lo tanto, evolucionada– pueda estar equivocada, que sea, también, como todas aquellas que la han precedido, esencialmente relativa (p. ix).

El valor de una disciplina ¿Acaso no es relativo a los que la juzgan; es decir, aquellos que pueden juzgarla *ex nihilo*, desprendidos de todo *a priori*, de toda influencia, de toda determinación sociocultural? (p. xvi).

Sería suficiente, pues, con cambiar los “criterios científicos” así como la concepción de lo que se hace llamar “prueba” para hacer pasar la astrología del estado de conocimiento oprimido al de una verdadera ciencia:

Todo el problema (...) reside en la aceptación que se le pueda dar a la palabra prueba, porque lo que los astrólogos alegrarían bajo este nombre sería denegado por los científicos hostiles a la astrología (p. 743).

Por otro lado, si E. Teissier insiste en numerosas repeticiones sobre la ausencia de la enseñanza de la astrología en la Universidad y en la ausencia de un departamento de investigación astrológico en el CNRS, es claramente para defender la tesis del valor relativo de la ciencia actual y de la educación tal y como es practicada. A partir de un argumento semejante, fundado en la idea de la verdad, como puro efecto de una relación de fuerza, se podría también llegar a decir que al impartir oficialmente el “arte de leer en las líneas de la mano” y al rebautizar la quiromancia como “ciencia de la predicción de los destinos individuales”, se podría imponer un nuevo estado del pensamiento científico, ni más ni menos válido que el precedente o que el siguiente:

Un hecho sociológico sobre todo nos interpela: el vacío pedagógico de la astrología en las instituciones oficiales de nuestra época. La inteligencia parece ignorar en general que esta disciplina fue en realidad enseñada en la Sorbona hasta el año de 1666 y en Alemania hasta 1821 (p. xii).

[Nosotros exigiríamos] cuáles podrían ser las oportunidades de rehabilitación oficial de la astrología ligada a una situación epistemológica evolutiva (p. 69).

La ausencia de investigaciones oficiales –para las cuales serían necesarias las subvenciones del Estado–, el rechazo a tomar en consideración el paradigma astrológico, no serían (...) mas que los síntomas evidentes de la actitud voluntariamente parcial, omnipresente en la ciencia oficial (p. 762).

E. Teissier emite, pues, comentarios astrológicos, se empeña en una defensa de la astrología que es, para ella, la “reina de las ciencias” y

adopta ininterrumpidamente el punto de vista normativo del astrólogo más que el punto de vista cognitivo del sociólogo que estudia la astrología ¿Acaso es que, a pesar de todo, este enfoque del astrólogo y su argumentación en favor de la astrología se acompaña de una reflexión y de un trabajo de investigación sociológicos? El objeto de nuestra segunda parte es mostrar que no existe nada de esto.

UN MAL TRATAMIENTO DE LA SOCIOLOGÍA

No hay, en el texto de E. Teissier, ningún rasgo de problemática sociológica aunque sea un poco elaborada, tampoco datos empíricos (científicamente contruidos) o métodos de investigación dignos de este nombre. La ligera “hipótesis” anunciada (“a saber, esta ambivalencia societal en la que, sin embargo, domina la fascinación, ambivalencia que roza a veces la paradoja y que hace figura de esquizofrenia (sic) colectiva”, p. 7) no es, por otro lado, mas que una afirmación entre otras que no desemboca en ningún dispositivo de investigación cuyo fin sea tratar de validarla (pero, tal y como es formulada, uno se equivoca al intentar saber si podría ser validada o invalidada).

En lugar de esto, como lo vamos a ver, tenemos que enfrentar numerosos usos dudosos de referencias sociológicas, con fines claramente asociológicos y antirracionalistas, expresados en un estilo de escritura pomposo y hueco, así como “datos” anecdóticos y narcisistas (E. Teissier en la televisión, E. Teissier y la prensa escrita, E. Teissier y los hombres del poder, Correo de lectores de E. Teissier...), seguidos de comentarios de lo más polémicos (ajustes de cuentas o narraciones de ajustes de cuentas con tal o cual personalidad de la televisión, o éste o aquel científico, etcétera), o una serie de citas de autores que se encuentran raramente en relación con los propósitos que les preceden y con aquellos que los siguen.

CONTRASENTIDOS Y MALOS USOS

La tesis está repleta de referencias sociológicas casi siempre desoladoras para sus autores (Durkheim, Weber, Berger y Luckmann...), y a veces se lanza a realizar críticas que muestran que los autores cuestionados no han sido comprendidos. Evidentemente serían necesarias

decenas de páginas para destacar cada error de lectura, cada absurdo, cada transformación de palabras y de ideas de pensadores citados y explicar por qué lo que se dice no es lo que se quiere decir asumiendo el hecho de lo que los autores comentados quieren afirmar.

Por ejemplo, el sociólogo alemán Max Weber es particularmente mal tratado, sistemáticamente invertido en el sentido que eligió la autora de la tesis tomarlo como testimonio. Weber, presentado como el defensor de un “subjetivismo comprensivo” (p. 37) es, así, invocado de manera inadecuada por lo que se refiere al “interaccionismo”.

Respecto a las personas que nacieron el mismo día y que se dan cuenta de que tienen puntos en común: “Se plantean así preguntas como las siguientes: Un hecho ¿en dónde se encontraba usted en 1978? ¿Acaso, como yo, no se estaba divorciando?” Sin ninguna duda, este tipo de similitudes crea relaciones en la medida en que se vuelve a encontrar, poco o mucho, en el otro y/o lo que se proyecta en él. A través del diálogo que se instaura, se crea un verdadero interaccionismo que, según Weber, es “una actividad (...) que se relaciona con el comportamiento del otro, en relación con el cual se orienta su desarrollo” (pp. 405-406).

La “sociología comprensiva” es invocada de modo equivocado y continuamente. La autora escribe que va a poner en práctica “el método de la comprensión” (p. vii) al interpretar vagamente la sociología comprensiva como una sociología que daría la razón a los actores (y, por lo tanto, a los astrólogos). No rompe con la astrología, por el contrario, de entrada le da la razón y ve que todo aquello que se le puede reprochar es de mala fe; he aquí lo que E. Teissier comprende del proyecto científico de la sociología comprensiva aplicada a la astrología. Y se podrían hacer las mismas observaciones en lo tocante a las referencias al “interaccionismo simbólico”, del cual la autora sólo parece conocer el nombre.

A través de lo que se podría llamar una hermenéutica de la experiencia, es la experiencia del sentido, tan complejo como se muestra, lo que será el objeto de la segunda parte, en donde practicaremos una especie de interaccionismo simbólico (según la Escuela de Chicago). Investigación del sentido subtendido por esta *Lebenswelt* de la astrología, por el dato social, en el alba de estos tiempos nuevos (p. 463).

También se observan los “talentos” de la argumentación crítica de la autora en el comentario de Durkheim en el que expone la idea

de que tratar los hechos sociales como cosas es “abusiva y, por lo tanto, difícil de admitir por inadecuada”:

En *Las reglas del método sociológico*, Durkheim afirma que “los hechos sociales son cosas”, aunque seguramente le hizo falta tomar en cuenta el movimiento astrológico en los hechos sociales, esta identificación, que consiste en cosificar así un fenómeno que es del orden del espíritu y de lo vivo, nos parece abusiva y, por lo tanto, difícil de admitir por inadecuada (p. 278).

Y qué hacer, sino reír, frente al bromista contrasentido sobre el pensamiento de Michel Foucault relacionado con el “intelectual específico”. La autora de la tesis, con toda evidencia, sin haber leído a Michel Foucault invoca la así llamada crítica de los “intelos específicos” (sic) por un Michel Foucault que justamente defendía (en gran parte contra Sartre) la figura del “intelectual específico” contra la del “intelectual universal”: “cualquier cosa que se pueda decir de los ‘intelos específicos’, hostiles al saber transdisciplinario, estigmatizados por Michel Foucault” (p. 860).

*DE LOS PROPÓSITOS NO SOCIOLOGICOS
Y A VECES ANTIRRACIONALISTAS*

Se ha mostrado que la autora de la tesis privilegia el punto de vista astrológico sobre la explicación sociológica. Pero muchas veces las interpretaciones aportadas son claramente asociológicas y bastante imprecisas y generales para ser consideradas como verdaderas explicaciones. Ya sea que acuda al “atavismo” o a las “disposiciones humanas atávicas” (p. 62), a “la parte oscura” (p. 8) de cada uno de nosotros, “la atadura astrológica intemporal inscrita en el corazón del hombre” (p. 62), el “reflejo del hombre, arcaico e intemporal, universal y omnipresente, que lo lleva desde la noche de los tiempos a ver una admirable homología entre la estructura del universo y la suya propia por una parte, y por otra la de la naturaleza que lo rodea” (p. 200), la “herencia genética” y el “cielo de nacimiento” (p. 243), la “*Urgrund* común a toda la humanidad” (p. 253), o “la permanencia y la similitud de la naturaleza humana, a la vez sobre los planos diacrónico y sincrónico” (p. 483). Todo esto, para E. Teissier, aclara la fascinación de unos y el rechazo de otros por la condición humana,

los planetas o una vaga “intuición milagrosa”. Así, comentando los resultados de un sondeo de opinión realizado por el periódico *Le Monde*, dejando de lado su polémica con el periódico, E. Teissier se pregunta, frente a la información según la cual las mujeres estarían más interesadas que los hombres por la astrología: “¿Hace falta ver en esto la consecuencia de un sincretismo ontológico que conduce más a la permeabilidad espontánea de todo eso que es del orden de la Naturaleza, sin ponerlo en una posición falsa con una intuición de la que ella no reniega?...” (p. 280). Los ejemplos de este tipo son numerosos:

¿...hace falta ver (en la fascinación por la astrología) un recuerdo benigno de la memoria colectiva, una intuición milagrosa del hilo mantenido que la une al cosmos y a la madre Naturaleza, como su salvaguarda, en suma, en este mundo en el que una ciencia mecanicista y una sociedad deshumanizada quisieran mantenerla atada a la tierra? Más concretamente, esta separación societal ¿hay que vincularla con categorías socioprofesionales particulares, de cierta clase de edad, de diferencias de sexo, o hay que buscarla en el mismo individuo, en su parte oscura, cualquiera que sea su lugar en la sociedad? (p. 8).

En suma, se podría comparar la influencia astral a un viento (cósmico) que soplaría en una cierta dirección, induciendo los climas y los acontecimientos probables, sin prejuicio de la reacción del hombre. Ésta era una función de su propia personalidad, ella misma heredada a la vez genéticamente y por el cielo que la vio nacer (p. 243).

Pero por lo general lo que explícitamente rechaza la autora es toda explicación, aunque sea poco racional. Frente a la gran complejidad de las cosas, sería necesario abandonar cualquier esperanza de lograr volver verdaderamente a la razón y dejar hablar la intuición sensible y el lenguaje de los símbolos. Es verdad que en esta vía ella recibe la mucha ayuda de los autores que no cesa de citar y que tan claramente se afirman como antirracionalistas:

Una cuestión primordial parece ser la siguiente: ¿Hay que ver en el enfoque astrológico una emanación de lo absoluto que, aun cuando se encuentra alejado de las religiones rebeladas, sería una tentativa humana por aprender, a través del orden cósmico concebido por un Dios creador, la manifestación de una trascendencia? O bien, ¿debe ser considerado como el código explicativo e inmanente de una influencia astral puramente física, fenómeno cercano a los de las ciencias

de la naturaleza? Y, en este caso, ¿cuál sería la fuente ontogenética de esta milagrosa adecuación universal, su *primum mobile*? La respuesta a esta pregunta ontológica no puede ser mas que individual, porque se ubica fuera del dominio de la Razón pura, en el dominio de lo indemostrable (p. 263).

[cita de Michel Maffesoli] Conviene superar, sin ningún tipo de nostalgia, todas las ideologías que se reclaman de premisas racionalistas (*Elogio de la razón sensible*, p. 44) (p. 643).

[Cita, exergo de Michel Maffesoli] El racionalismo clásico (en sociología) tuvo su tiempo... (p. 813).

RECHAZO DE TODA OBJETIVACIÓN

Se habrá comprendido que todo lo que podía permitir objetivar y aprender, incluso parcialmente, la realidad susceptible de ser estudiada es rechazado por la autora, fascinada, seducida (“Simmel por otro lado era –y ante todo– un filósofo de la vida, bajo el mismo título que Schopenhauer, Bergson o Nietzsche, lo cual igualmente estaba hecho para seducirnos...”, p. 50) por “la vida” en toda su complejidad; misma que los racionalistas, los sociólogos positivistas, etcétera, se empeñan en querer reducir y hundir. El “método” que conviene a un objeto tan complejo y sutil es aquel que es “sensible al universo misterioso, incluso insondable, del alma humana”. Este “método” es indistintamente designado con los términos “método fenomenológico”, “empatía” o “sociología comprensiva”.

El pensamiento de la autora funciona a la manera del pensamiento mítico, sin temor de la contradicción. Para ella, lo “cuantitativo” se opone a lo “cualitativo” como lo “cuadrado” a “lo curvo”, lo “simple” a lo “complejo” (o a lo “sutil”), lo “artificial” a lo “natural”, etcétera. Si ella no ama los métodos cuantitativos es debido a su “carácter chato y artificial” (p. 57); si no aprecia las estadísticas, es porque éstas son demasiado “cuadradas y lineales” (p. 295), etcétera.

Pero si las estadísticas son demasiado groseras para el espíritu sutil de E. Teissier, también pueden ser utilizadas si se les puede hacer decir cosas positivas sobre la astrología. Por ejemplo, comentando un sondeo de opinión sobre la astrología publicado en la revista *Science et vie junior* (pp. 287-290), ella reacciona del siguiente modo al hecho

de que aparentemente los jóvenes sean los más interesados por la astrología: “Se puede por otro lado preguntar ¿Si esto no traduce una relación con el cosmos, que se mantiene viva –y, por qué no, dirán los adeptos de la reencarnación, un residuo de vidas anteriores?” (p. 288). De un solo golpe, las pobres estadísticas se transforman, tal y como el sapo se transfigura en príncipe encantado, en pruebas irrefutables de la seriedad y de la veracidad de los análisis astrológicos: “Existen estadísticas que son favorables a la astrología de una manera a la vez perentoria y resplandeciente” (p. xv). Y la autora se lanza a veces ardientemente a la evaluación cifrada, pero totalmente intuitiva, de los hechos sociales:

Yo pienso que aquellos que hoy en Francia hacen de la astrología una profesión y los que tienen la especialidad de la “astrología” propiamente dicha constituyen efectivamente 90% y más de la práctica profesional, deben ser menos de un millar. Esto mas que una impresión es una descomposición minuciosa, pero cuya cifra me parece plausible (p. 302).

UN EXTRAÑO DISCURSO DEL MÉTODO

El discurso del método en E. Teissier es tan poco preciso como sus hipótesis y su “problemática”. Para empezar, la “objetividad” es, según ella, una idea perfectamente inalcanzable (un párrafo entero está dedicado al tema de “la utopía de la objetividad”, pp. 28-31). Pero, como es su hábito, poco acostumbrada al principio de no contradicción, puede criticar la pretensión “positivista” a la “objetividad” y decir que los científicos faltan a ésta, o aun afirmar que ella misma está animada por una “preocupación de objetividad”. La cuestión de la posibilidad o la imposibilidad de una objetividad es, pues, mucho más compleja de lo que un lector racionalista modestamente puede imaginar: su suerte depende de la frase en la cual la palabra “objetividad” se inserte. Y se comprende que la autora reivindique la “objetividad” siempre y cuando sea para defender la astrología:

Por el hecho de que la objetividad perfecta soñada por la sociología positivista se sitúa en un ideal por definición inaccesible... (p. 34).

Los puntos que hemos creído nuestro deber poner en relieve son relativos simultáneamente a nuestra experiencia y a nuestra sensibilidad, es decir, a lo que nos

hemos propuesto y tratado de comunicar con una preocupación de objetividad. ¿Pero, quién pretende alcanzar la objetividad? (p. 534).

Para E. Teissier todo es “método”. Por ejemplo, cuando escribe: “de ahí la importancia esencial de la operación metodológica elegida, que consistirá en delimitar las motivaciones y fuentes secretas de las actitudes y los comportamientos sociales” (p. 20). Se constata que una vaga voluntad de “delimitar las motivaciones” para ella equivale a una “operación metodológica”. Cuando señala también que, en su tesis, “el método empírico parece imponerse” y que “éste será (su) instrumento de referencia” (p. 10), se ve que la palabra “método” equivale a “instrumento de referencia”, este término es utilizado con una gran imprecisión: “el método empírico” parece imponerse a otros “métodos” (que no lo son), pero no se sabe concretamente de qué método se trata.

Los vocablos “métodos”, “parámetros”, “factores”, “instrumentos”, etcétera, de hecho son, utilizados semánticamente de manera aleatoria, en tanto la función esencial de sus usos léxicos reside en el efecto científico que la autora intenta producir sobre ella misma y sobre el lector. El hecho de que en la primera cita, E. Teissier diga que los “parámetros” de los que habla (que aquí quieren decir “nociones”) aparecieron “aquí o allá, al azar de este estudio”, hace aparecer palmariamente el carácter extremadamente riguroso de la “operación metodológica” puesta en marcha...

Un parágrafo largo se titula “Los instrumentos o parámetros de estudio” (pp. 60-86); “Si se apunta a la eficacia de un método, éste imperativamente debe instrumentalizarse a través de instrumentos, estos auxiliares del conocimiento. Ellos nos permitirán tomar en cuenta las diferentes capas de la población involucradas en el fenómeno astrológico” (p. 60); “Un último factor será mostrado (ya que es demasiado importante para ser tratado en profundidad) con las relaciones de la astrología y del poder” (p. 66); “En la lista de los instrumentos/espejos de esta investigación...” (p. 83).

Sabiendo todo esto, cualquier lector puede medir el efecto cómico de la pretensión totalmente verbalista del rigor que aflige a la autora de la tesis: “nos hemos dado la ocasión de desarrollar el espíritu de rigor cuya exigencia nos habita desde siempre. A esto se agregaba un cuidado de racionalidad, de coherencia, pero esto a través de una fuerte curiosidad intelectual al servicio de una investigación de la verdad” (p. viii). Visiblemente, el espíritu no llega a guiar los gestos.

*LOS “DATOS”: ANÉCDOTAS DE LA VIDA PERSONAL,
MEDIÁTICA Y MUNDANA DE ELIZABETH TEISSIER*

Si se entiende por “datos empíricos” los materiales que son seleccionados, reunidos o producidos para establecer una interpretación lo más fundada posible de tal o cual aspecto del mundo social, es decir, mediante corpus de datos cuyos principios de constitución y de delimitación son explícitamente enunciados, se puede decir sin riesgo que la tesis de E. Teissier estrictamente no contiene ningún dato empírico. Si la autora tuviese una concepción aunque fuera poco empírica de la práctica de investigación sociológica (recordemos que dice que recurrió al “método empírico”) no osaría, por ejemplo, escribir con tanta ligereza e inconciencia empírica que va a seguir la evolución de la astrología “a través del tiempo y del espacio en las sociedades más diversas, desde la noche de los tiempos hasta nuestros días”, anunciando así explícitamente que se entregará a “un rápido sobrevuelo, tanto cronológico como geográfico, tanto diacrónico como sincrónico...” (p. 93). Pero ¿porqué tomarse la molestia de formular un verdadero dispositivo de investigación una vez que se piensa que “la vitalidad de la astrología hoy no está sujeta a ninguna duda” y que “para probarlo, es suficiente con abrir los ojos y las orejas”? (p. 792).

De la misma forma, ¿cómo aportar una prueba del “interés cada vez más marcado de los medios masivos por la astrología”? E. Teissier responde: “No hay semana en la que no seamos invitados a participar, aquí o allá, en Francia o en el extranjero, en una emisión de este género” (p. 274). De hecho, encadena de manera aleatoria las anécdotas personales al nivel de asociación de sus recuerdos: “En el contexto del estar reunidos, otra historia nos llega al espíritu, en la que fuimos a la vez testimonio y parte” (p. 412); “Otra historia ejemplar nos llega al espíritu” (p. 383), etcétera. Ella cuenta lo que se le ha dicho o escrito y lo que ha respondido. Sus comentarios, cuando existen, se contentan con prolongar la polémica cuando la hay (con los periodistas, los animadores de televisión, los científicos...) y con señalar el interés para la astrología –a pesar del consenso cultural en contra de la astrología y el confinamiento de ésta en un gueto– que ilustran ciertas anécdotas. Éstas, tomadas “al azar” (sin duda signo de objetividad a sus ojos), siempre forman una prueba:

Nosotros podríamos aumentar indefinidamente la lista de estas cartas que son otros tantos testimonios del impacto societal de la astrología hoy (p. 345).

Entre los elementos que tenderían a reflejar la noción de fascinación, se puede estimar el simple hecho de que el presidente de los franceses nos haya hecho un llamado que en sí es significativo (p. 440).

Si da cuenta de los intercambios del correo con algunos lectores, para “probar” la ambivalencia/fascinación/rechazo frente a la astrología (“el correo de los lectores y telespectadores, barómetros de nuestra sociedad”, pp. 311-386), no lo hace para constituir un corpus, ni siquiera para realizar un análisis sociológico, sino para dar a leer el correo recibido, así como las respuestas enviadas (“he aquí lo que hemos respondido a este lector...” p. 319; “He aquí la respuesta que dirigimos a esta lectora desorientada”, p. 327). Incluso tampoco procura una evaluación precisa de los diferentes tipos de correos que le llegan. Así, con relación a las cartas que ella ubica en la rúbrica “Llamados a la ayuda”, escribe de manera aproximativa: “Se trata ciertamente, hablando cuantitativamente, de la masa más importante de cartas recibidas” (p. 312) o “Entre los llamados a la ayuda, las cartas que vienen de prisioneros no son raras” (p. 321).

Y así se va, de una anécdota a la otra. E. Teissier “frente a frente con un astrónomo monolítico en su agresividad” (p. 543); E. Teissier y Marcel Jullian, figura de Antena 2 (pp. 588-629) referente a la emisión llamada “Astralmente suya”; E. Teissier y la emisión alemana *Astro-show* realizada entre 1981 y 1983 (pp. 645 y ss.); E. Teissier y el programa *Como un lunes* de Christophe Dechavanne del 8 de enero de 1996 (pp. 671-685); E. Teissier y el programa *Duelo a las cinco* del 10 de junio de 1988 (pp. 709-725), entre otras. Y cada vez que la autora emite juicios perentorios, polémicos, formula respuestas agresivas. No estudia, pues, las reacciones a la astrología, lo que hace es defenderla. No realiza el análisis de las polémicas alrededor de la astrología, sino que está en la polémica, continúa en esta tesis —como si estuviera en el plató de la televisión, en las ondas radiofónicas o en la prensa escrita— luchando contra aquellos que consideran que no es una ciencia.

En todos los casos, el ingenuo narcisismo es grande, si bien totalmente denegado:

A pesar de que nos hemos negado en este trabajo a ponernos de frente para dar razones a la vez de objetividad y de una decencia de buena ley, se habrá observado que nosotros fuimos a lo largo de todo el programa los únicos astrólogos en haber tomado partido... (p. 686).

No solamente las citas tomadas por E. Teissier no conciernen mas que a E. Teissier (en tanto que ella misma habría podido interesarse en otros colegas astrólogos), además los relatos ponen siempre por delante su heroica o apasionada vida. Es así como cuenta, por ejemplo, cómo su reencuentro con la astrología fue “el cambio más grande en su vida”: “Nosotros tuvimos derecho a nuestra noche de Pascal –noche boreal en realidad, porque la ‘iluminación’ dura unos seis meses, el tiempo para aprender los fundamentos cosmográficos y simbólicos del arte real de los astros—,¹⁷ suficiente para ser deslumbrada por “convergencias” psicológicas y por acontecimientos relacionados con nuestro carácter y nuestra vida, o aquéllos de nuestro medio circundante” (p. x). O aun, haciendo el relato del contexto en el cual fue contactada para presentar la emisión alemana *Astro-Show*: “una vez que, al iniciar 1981, a nuestro regreso de un viaje a la India, nos encontramos tres mensajes consecutivos e impacientes de la ARD (primera cadena de televisión alemana), fuimos más bien sorprendidos. En efecto, hasta entonces, nuestro radio de acción no había pasado de los límites del Rhin” (p. 646).

El narcisismo raya en la indecencia cuando, después de haber dado a leer el correo de un lector, un joven magrebí encarcelado en las Baumettes, escribe con conmisericordia y condescendencia y sin tener conciencia del ridículo:

Tenemos conciencia de hasta qué punto el hecho de dialogar puede ser importante para este joven hombre visiblemente ofuscado, tal y como un zombi, en este bajo mundo (...) He aquí el tenor de nuestra respuesta al prisionero: “Querido Erick, no he tenido tiempo de responder a su carta mas que a mi regreso de una estancia en el extranjero. Le envió un análisis a título completamente excepcional, y por la suma puramente simbólica de un franco (vista su situación actual). Su tema me muestra que su futuro próspero le permitirá enviarme lo que bien le parezca en un tiempo que vendrá. Sepa que usted debe este regalo por una parte a sus buenas estrellas (...) y por otra al hecho de que su carta me ha tocado especialmente por que tengo dos hijas, una Piscis, la otra nacida en 1973, ¡como usted!... A cambio yo le pido, de buena voluntad, guardar el secreto, ya que divulgarlo podría provocar envidias... (p. 323).

¹⁷ Al pasar, el lector habrá notado que una formación de una duración de seis meses permite adquirir “Los fundamentos cosmográficos y simbólicos del arte real de los astros”. Finalmente el esfuerzo no es tan grande que impida poder “escuchar la música” de los planetas.

UNA ESCRITURA INFLADA Y HUECA

El problema esencial con el estilo de escritura que se encuentra en una tesis como la de E. Teissier reside en que se podrían bellamente multiplicar los “extractos”, repetir las citas con el fin de probar que se trata de una redacción de jerigonza, poco rigurosa, muchas veces incomprensible, a veces próxima a lo absurdo, otros verían lo contrario en los mismos extractos: todas las marcas de la profundidad o de la inteligencia de propósitos. Se podría decir que se trata de una cuestión de costumbres. Si se está habituado a un uso sin control de la lengua, el lector apreciará las acrobacias verbales o las asociaciones aleatorias de ideas como si estuviese frente a un gran poema pseudo-sabio. Pero ahí radica exactamente el problema: el sociólogo no es un poeta. Se pueden apreciar los poemas de René Char o de Stéphane Mallarmé y no aceptar, en materia de ciencias sociales, a aquellos que se empeñan en hacer pasar lo hueco por lo profundo y lo vago por lo rico y lo complejo. Frente a un gran número de pasajes de esta tesis podríamos emitir el siguiente juicio: en la medida en que creemos saber lo que quiere decir hablar en sociología, podemos testimoniar el hecho de que no hemos comprendido nada de lo que se ha dicho. Pero ¿quién habría comprendido cuando no se ha dicho nada verdaderamente?

Muchos sociólogos en Francia han contraído los hábitos de hablar y de escribir mal, mismos que tratan de transmitir regularmente a decenas, incluso a centenas de estudiantes. Esto constituye un hecho social mayor. Sin embargo, después de muchos dominios, prestigiosos o menos prestigiosos, se pueden haber adquirido semejantes malos hábitos,¹⁸ y querer deshacerse de ellos una vez que se ha tomado conciencia. Pero algo que se puede llamar “hábito de hablar y de escribir mal”, a partir de una concepción incluso poco racionalista de la argumentación, desgraciadamente es percibido por muchos de aquellos que los ponen en práctica como un signo de inteligencia y de pensamiento original y profundo. La escritura y el habla desordenadas pueden así transmitirse de generación en generación, sin que aquellos que transmiten ni aquellos que se los apropian sepan exactamente de qué hablan, en la oscuridad de la relación encantada de ser maestros de alumnos (o discípulos) es en donde se constituyen usualmente tales prácticas.

¹⁸ Sobre los hábitos discursivos y mentales ver Lahire (1999).

Es suficiente con estar cautivado, con encontrar esto bello, profundo, sensible, original, para envidiar hacer lo mismo y parecer a su vez inteligente, original, sensible y profundo. El sentido de todo esto puede estar totalmente ausente de las palabras que se escriben y se intercambian y situarse exclusivamente en la relación fascinada con el maestro. Poca significación discursiva, mucha significación social.

Delirio semántico o diarrea verbal, placer por las palabras sabias que suenan muy bien reunidas las unas con las otras para afirmar banalidades en un tono serio, encadenamiento de citas de autores tan esotéricos los unos como los otros, la panoplia de la escritura pseudocientífica y realmente inflada es bastante completa. Ofrecemos algunas muestras garantizándole al lector que el efecto de extrañeza no es producto de una injusta descontextualización:

...a la búsqueda de este infracasable nudo de la noche que frecuenta el corazón del hombre desde tiempos inmemoriales? (p. 7).

M. Maffesoli habla de “sentimiento cósmico” que “inclina hacia lo verdadero orgánico, lo vivo, es decir hacia el naturalismo”

Este sentimiento cósmico se encuentra cada vez más implicado como trama de fondo en nuestra investigación del cual constituye alguna forma de tejido, es obvio que sirve también para volver a unir y como sésamo heurístico en nuestro proyecto, es decir, dicho concretamente, sirve de hilo rojo instrumental al servicio de nuestro proyecto de descifrar el dato social de lo que Dilthey llamaría la estructura psíquica que constituye a la astrología (p. 49).

Así, como linterna mágica para guiarnos a través de estos meandros heurísticos, utilizaremos, como accesoria a la razón objetiva y razonante, la razón sensible maffesoliana o la intuición intelectual de un R. Guenon, tal como es evocada por F. Bonardel (p. 53).

Más allá de esta complejidad que no debe ser una palabra refugio, nosotros cultivamos la esperanza —¿la utopía?— que al final del análisis, habiendo, incluso imperfectamente, descrito los arcanos de nuestra problemática, podemos adherirnos plenamente a la afirmación del sociólogo cuando declara que la complejidad es “el reto a enfrentar, lo que ayuda a mostrarla, y a veces incluso a sobrepassarla” (E. Morin, *Introducción al pensamiento complejo*) (p. 68).

En toda situación problemática, se asiste aquí a un triple trayecto –o trayectorialidad, en el sentido durandiano–, en un vaivén simmeliano que se inscribe en primer lugar entre el consultante y el sistema astrológico (p. 76).

Pero igualmente se encuentra otro vector de esta trayectorialidad, a saber, el que se da entre el mismo actor social y la real presencia (para retomar una expresión cara a G. Steiner) de la consulta, del astrólogo en última instancia. En efecto, se trata claramente de la manifestación simbólica de un presentismo despojado de todo juicio moral, en el que sólo interviene el dejar-ser, con la exclusión de un aspecto cualquiera de constricción, de un deber ser (p. 77).

No dudamos que es en esta efervescencia que se encuentra la verdad societal. Y esta efervescencia se focaliza cada vez más en el mundo de los astros, como lo hemos pensado y mostrado ampliamente en el curso de nuestro sobrevuelo. En efecto se asiste cada vez más y en todos los dominios de lo cotidiano a una infiltración difusa y efervescente de lo astral en nuestras sociedades posmodernas, en resonancia, en alguna parte, de la ruptura epistemológica, ya evocada, de una posmodernidad de la que Maffesoli da la siguiente definición: “Especie de aglutinación a la vez disparatada y completamente unida, de elementos de los más diversos”, implicando un “estilo orgánico”, este último se rebelaría como “una buena manera de aprender la razón interna de un conocimiento (prefacio a Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, p. 90) (p. 851).

A lo largo de toda nuestra tesis hemos, bajo la instancia de lo que es la vocación objetiva del investigador, tratado de descubrir las premisas subyacentes, las con-mociones de lo que está “a punto de nacer” y que se hacen sentir en la realidad societal actual. Esto practicando lo que G. Durand llama un “pensamiento concéntrico”, es decir, un “pensamiento formando un sistema abierto que rechaza matenerse en el centro, pero que va a recoger lo que pasa y se propaga en la periferia en la búsqueda del humus subyacente”. Dicho de otro modo, se trata de seguir un proceso de ir y venir, en vasos comunicantes, siempre rechazando mantenerse prisionero de una idea, de ir al encuentro de lo desconocido, de lo que se vive en el dato social, de lo que emerge en el campo experimental del investigador. De todo esto vivido, observado, hemos tratado de desprender la dinámica a través de una sinergia del pensamiento, deslizando su contrario: el pensamiento único, bajo una forma de *doxa*, sinónimo de apariencia. Así hemos podido hacer un estado de esta malla múltiple, de estas innumerables pasarelas que se realizan entre intercambios de saberes, en un deseo común de abrirse a otros conocimientos y compartir su interés, pero también a través de sus nuevas

tecnologías, ampliamente evocadas, en donde cada uno forma un palmo de narices a este pensamiento conformista representado por aquellos que detentan un pseudosaber – un “semisaber” según J. –C. (sic) Domenach. Al hilo de nuestro trabajo hemos podido poner el dedo en la confusión que surge con respecto a estos datos, que son planteados mal por aquellos que creen detentar el saber, este pensamiento bien guardado, conveniente, intelectualmente correcto, muestra completamente que su imperialismo poco a poco se desagrega – y esto a pesar de un combate de retaguardia que se ve orientado a un fracaso de largo término. Como lo hemos mostrado, pensamos, la inanidad de un intelectualismo desechado. “El reino absoluto de la idea no se puede establecer ni sobre todo mantenerse: porque esto es la muerte” (en *El suicidio* de Durkheim citado por Maffesoli en su prefacio a las *Formas elementales de la vida religiosa*, p. 11). Parfraseando a K. Jaspers, se podría decir que “es en la comunicación en donde se alcanza el fin de la astrología (de la filosofía)” (*Introducción a la filosofía*, p. 25), en este intercambio caluroso (¿dionisiaco?) entre espíritus ramificados en intereses parecidos, orientados en el extremo por los arcanos celestes (p. 861).

LO QUE OSCURECE REALMENTE A LA DISCIPLINA

En Londres, si bien ya no hay más cátedra de sociología en la universidad, al menos se puede obtener un doctorado en astrología, si bien esta disciplina oficialmente es dependiente de una rama de la psicología; incluso existen vías posibles en Francia pero a condición de elegir un tema de tesis que se encuentre en los límites de la sociología, de la filosofía o de la historia de las religiones y de ubicarse oficialmente bajo la égida de estas disciplinas: se está obligado a camuflarse, a engañar, a rodear las instituciones que manifiestamente se encuentran retrasadas sobre la realidad de un consenso cada vez más evidente (pp. 815-816).

La verdad de la tesis de E. Teissier es anunciada manifiestamente en sus páginas. Para defender la causa de la astrología, es necesario avanzar disfrazándose: filosofía, historia de la religión o sociología, de entrada pueden ser posibles para la astróloga. Pero si pueden imaginarse semejantes estrategias de legitimación es porque nuestra comunidad científica las vuelve posibles. Y, fundamentalmente, éste es el problema, más allá del caso particular de esta tesis. Que las cosas sean claras: E. Teissier no puede ser identificada como responsable de lo que pasa en la Sorbona, e incluso no habría tenido la idea de golpear la puerta de nuestra disciplina para encontrar un lugar de

legitimación de sus propios intereses de astróloga, si ésta no fuese el refugio de profesores-investigadores desprovistos de seriedad y, a veces, visible y explícitamente antirracionalistas.

Regresemos a nuestro punto de partida: los “colegas” (abundantemente citados en esta tesis) han otorgado el derecho de defender su tesis a su autora, y después, con otros, decidieron darle la mención “Muy honorable”. Al concluir la lectura de ajuste de cuentas precedente se comprende hasta qué punto es grande el sentimiento de escándalo del lector de esta tesis.

Evidentemente, su director, Michel Maffesoli, es profesor de sociología en la Universidad de París V e incluso ha sido promovido a la primera clase por el Consejo Nacional de Universidades, también publica regularmente obras, hace prefacios de clásicos de la sociología, dirige una revista y hace defender tesis a un ritmo particularmente elevado.¹⁹ Él señala, con el aplomo cínico de aquel que sabe pertinentemente que la tesis no será leída en su totalidad por los estudiantes ni incluso por los sociólogos profesionales que, generalmente, tienen otras tareas más urgentes que hacer, que la tesis de E. Teissier es “sobre la astrología” (con algunos “patinazos” confiesa él,²⁰ añadiendo de manera insultante para todos los sociólogos que hacen su trabajo de evaluación de tesis de modo serio: “Con toda honestidad, cuál, de entre nosotros, director de tesis, no ha dejado pasar tales ‘patinazos’?”) y no una “tesis de astrología”. Él puede, pues, utilizar el argumento de la muerte de una escuela de pensamiento²¹ (“No sería necesario que esta tesis sirviera de pretexto para un nuevo ajuste de cuentas contra una de las diversas maneras de encarar la sociología”)²² y de-

¹⁹ Al contar el número de tesis de doctorado sostenidas por un director de tesis, en Francia entre 1989 y 1995, se encuentra que Michel Maffesoli se halla ampliamente a la cabeza con 49 tesis (es decir, alcanza una media de 7 tesis por año); le sigue de lejos Louis-Vincent Thomas (33). Vienen después Pierre Ansart (22), Jean Duvignaud (22), Pierre Fugeyrollas (19), Raymond Boudon (17), Annie Kriegel (14), Alain Touraine (14), Jacques Lautman (12), Robert Castell (11), Jean-Michel Berthelot (10) y Roger Establet (10).

²⁰ M. Maffesoli, circular fechada el 23 de abril de 2001, dirigida a numerosos sociólogos.

²¹ Y contribuye aún más a banalizar su presencia en el seno de la disciplina en sus manuales universitarios “respetuosos de la pluralidad de las escuelas y las sensibilidades”, como lo menciona la cuarta de forros de su obra *La Sociologie française contemporaine* (bajo la dirección de J.-M. Berthelot, París, PUF, 2000); obra que incluye un capítulo, firmado por Patrick Tacussel, titulado “La sociología interpretativa. Un giro postempirista en las ciencias humanas en Francia”, p. 117-125.

²² Carta de M. Maffesoli dirigida por correo electrónico el 23 de abril de 2001. Otra variante se vuelve a encontrar en el texto que acompaña al correo: “Una pregunta de buen sentido se

nunciar la “cacería humana” que se ha lanzado contra él: “¿Acaso esta tesis no es un simple pretexto para marginalizar una corriente sociológica y, digámoslo crudamente, para realizar una cacería humana, cuyo objeto sería yo mismo?”²³ Y es patentemente de esta manera como algunos colegas han interpretado las reacciones negativas a esta defensa de tesis y a la atribución de un título de doctor en sociología.²⁴ Es decir, es evidente que no se trata de cuestiones de querellas de escuelas involucradas en este escándalo sino de rigor científico (e incluso, más ampliamente, de rigor intelectual) y de definición del oficio del sociólogo.

Nos parece que las verdaderas cuestiones de fondo que plantea un asunto (*affaire*) semejante son: ¿cómo llegar a transformar colectivamente los productos de una historia (académica y científica) mal hecha (atribuciones abusivas del título de doctor en sociología, reclutamientos universitarios poco estrictos, revistas científicas con débil control científico...)? ¿Cómo defender, sin parecer injusto y terrorista, la afirmación según la cual Michel Maffesoli (entre otros) no es sociólogo y no está capacitado para formar estudiantes a los que él dirige trabajos de investigación de oficio sociológico? Éstas son preguntas que los sociólogos deben enfrentar. Sin una toma de conciencia colectiva de nuestra comunidad científica no hay ninguna razón para que este tipo de hechos no se vuelva a repetir, con menos estruendo (porque los candidatos no tendrán el honor de la gran prensa).

Michel Maffesoli escribió: “Pero servirse de esta tesis, para un ajuste de cuentas, puede sonar algo extremo, no me parece sano y, en todo caso se arriesga uno a oscurecer nuestra disciplina, en general”.²⁵ Esperamos haber contribuido aquí a mostrar que lo que es “nuestra noche de la disciplina” y lo que no es “sano” es precisamente el tipo de espectáculo del que la Sorbona fue escenario bajo la responsabilidad de un jurado, en gran parte compuesto de sociólogos. Personaje cínico,²⁶ estrategia fino, manipulando hábilmente el arte de la inversión

plantea, ¿acaso, finalmente, esta tesis no leída, no es un pretexto para un ajuste de cuentas contra un tipo de sociología que yo represento?”

²³ M. Maffesoli, circular fechada el 25 de abril de 2001, dirigida a numerosos sociólogos.

²⁴ Así se puede leer en la prensa que “Elizabeth Teissier podría llegar a ser el peón que se hace avanzar hacia la superficie para ajustar cuentas de asuntos más subterráneos, mostrando así querellas de capillas o juegos de poder entre los ‘grandes’ de la sociología” (Pirou, 2001).

²⁵ M. Maffesoli, circular fechada el 25 de abril de 2001.

²⁶ M. Maffesoli calificó, de manera completamente insultante, la “jerga enojosa” de los sociólogos de “argot de proxenetes” en el prefacio al libro de Alfred Schütz, *Le Chercher et le quotidien* (Maffesoli, 1987, i).

de las situaciones, Michel Maffesoli quisiera hacernos creer que “los defectuosos no son aquellos que cometen las faltas (...) sino aquellos que tienen la impudicia de denunciarlos” (Bouveresse, 1984: 114). Apostemos a que las diversas reacciones sanas a este asunto (*affaire*) malsano puedan ser la ocasión para una reflexión colectiva sobre el oficio de sociólogo y sobre las condiciones de entrada en esta profesión.



BIBLIOGRAFÍA

- Bouveresse, J.
1984 *Le Philosophe chez les autophages*, Minuit (Critique), París.
- Copans, Jean
2001 “La sociologie, astrologie des sciences sociales?”, en *Le Monde*, 30 de abril.
- Lahire, Bernard
1999 “L’invention de l’“illetrisme”, en *Rhetorique publique, éthique et stigmates*, Éditions la Découverte (Col. Textes à l’appui), París.
- Maffesoli, Michel
1987 “Prefacio”, en Alfred Schütz, *Le Chercher et le quotidien*, Méridiens Klincksieck, París.
2001 “Éloge de la connaissance ordinaire”, en *Le Monde*, 24 de abril.
- Piriou, O.
2001 “Banalité d’Elizabeth Teissier”, en *Le Monde*, 30 de abril.
- Tacussel, Patrick
2000 “La sociología interpretativa. Un giro postempirista en las ciencias humanas en Francia”, en J. M. Berthelot, dir., *La Sociologie française contemporaine*, Presses Universitaires de France, París, pp. 117-125.
- Touraine, Alain
2001 “De quoi Elizabeth Teissier est-elle coupable?”, en *Le Monde*, 22 de mayo.